

LOGICA INVARIABLE

Ese día había dejado de fumar unas cuarenta veces. Por la mañana, al levantarse y después de fumarse un par de cigarrillos con un poco de café frío, tiró el paquete al cubo de la basura. “A partir de ahora se acabó la tontería”. Pero la tontería nunca acababa. Después de cortar con Alicia se compró una cajetilla entera 0de *Marlboro light*. Apenas podía conducir. Mientras buscaba nervioso el mechero, escuchaba las molestas interferencias que parecían inundar en todas las emisoras de radio. Trató de buscar alguna que pudiera ser, al menos, audible. Sus pequeños impulsos nerviosos que manejaban abultados botones negros le impedían manejar el volante así que apagó la radio. El tráfico era especialmente lento. La gente salía de trabajar y el humo negro se mezclaba con la fina lluvia convirtiendo el aire en una atmósfera pastosa irrespirable. “Qué pérdida de tiempo. No acabarás bien. Eres demasiado estúpida. Yo me encuentro bien. Qué digo, me encuentro genial, mejor que nunca. De todas formas estaba harto de los caprichos de la niñata. Ahora qué voy a hacer...”. En realidad, lo que le fastidiaba era que fuese ella la que decidiera acabar con la relación. Él era quien llevaba el mando de la situación. Tenía el convencimiento de tenerla bajo control, y nunca se le había pasado por la cabeza que ella le podría dejar algún día. Ella le quería. Estaba seguro. Ello le permitía un cierto margen de maniobra, de libertad. Sentía herido su orgullo masculino. Al fin y al cabo, Alicia era una chica más que pasaba por su colchón. La monotonía que a ella le unía le daba seguridad, sabía que al llegar a casa después de clase ella le esperaría con la blusa semidesabrochada en el sofá... Un golpe, esta vez un golpe seco y sordo que resonó martilleante en la cabeza abstraída de Fede le trajo de vuelta a la realidad de la ciudad lenta y gris. Confuso al principio, salió sobresaltado de su coche con la intención de averiguar con qué había chocado la parte delantera de su *Ford*. ¡Lo que me faltaba! Protestó llevándose una mano a la cabeza. Acababa de atropellar a una persona.

Una chica que se había incorporado con rapidez estaba recogiendo unas cajas de cartón que habían quedado esparcidas por la carretera. Unas cuantas personas empezaron a congregarse alrededor del coche

y a ambos lados de las aceras, presas de una curiosidad morbosa. Con algo de dificultad, la chica trataba de volver a colocar las cajas unas encima de otras. Aparentemente no se quejaba de ninguna dolencia, por lo que el pequeño tumulto de gente empezó a disgregarse. ¿Estás bien? Preguntó Fede algo nervioso mientras le ayudaba a la chica a recoger las cajas, que en ningún momento levantó la vista del suelo. Pues menos mal que estaba doblando la esquina a 20, que si no... le dijo Fede pretendiendo ser simpático, pero la chica no mostraba ningún signo de empatía en su rostro, que además ocultaba parcialmente con su pelo largo y liso. ¿Qué guardas en esta caja? ¿un muerto? Bromeó al tiempo que hacía equilibrios con una de las cajas. Levantando la cabeza esta vez : son botes de pintura, contestó seria mostrando su rostro. Fede miró al suelo en busca de algún objeto que pudiera haberse salido de alguna caja. Vio unos cuantos pinceles salpicados de pintura junto con otros que parecían ser nuevos, sin estrenar. No hay duda, es pintora, pensó mientras los recogía del suelo. ¿Dónde te los dejo? Mételes dentro de ésta, contesto ella señalando la última caja que sostenía y que tenía una pequeña abertura en uno de sus lados. Cuando por fin logró sostener todas las cajas a modo de torre irregular, comenzó a andar decidida entre la multitud. ¿Te llevo a algún sitio? Preguntó Fede inútilmente cuando la chica pintora ya se había alejado.

2

La ceniza cubrió la mesa inundada de apuntes y de libros amontonados. Formaba un equilibrio perfecto, nada podía moverse, todo estaba situado en el lugar preciso del escritorio. Por fin Alicia logró ocupar un segundo plano en su cabeza para ser sustituida por el examen del lunes. Lógica formal y Lógica matemática. Fue un alivio encontrar consuelo en sus fórmulas racionales y universales donde la estupidez humana no tiene cabida, donde todo tiene respuesta y no hay lugar para el error. Todo se infiere lógicamente, no puede haber malentendidos ni dobles interpretaciones. Sí, le gustaba la lógica formal. Pensaba que todas las leyes que regían el universo de las relaciones humanas deberían formularse de acuerdo con la lógica formal. Todo sería más sencillo. Las tablas de verdad son intocables y no podrían ser cuestionadas. El ser humano no se equivocaría a la hora de

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

SELECCIONADA
"Lógica invariable"
Ana Luisa Tebar Munera

relacionarse con los demás, toda persona sabría perfectamente con quien lógicamente debería pasar el resto de su vida... Él mismo se asombró de su malestar. Nunca hubiera imaginado que se sintiera tan irritado por el hecho de que una tía le dejara. Más bien era incomodidad. Se sentía incómodo consigo mismo por estar así. En el fondo ella le daba igual, o no.

Fede se encontraba seguro con la lógica. Ni siquiera le apetecía salir de su desordenado cuarto, su lugar natural. No le importaba quedarse encerrado durante horas, incluso varios días seguidos, al menos el tiempo justo de vida media de un paquete de cigarrillos o del papel higiénico. Tuvo que acostumbrarse a arreglárselas él sólo para no estar desprovisto de los enseres más esenciales de la vida diaria, tales como agua embotellada (la del grifo era escandalosamente asquerosa), aceite para poder cocinar con algo de gracia, latas de conserva y cerillas (nunca se sabía cuándo se iba a agotar el gas de los mecheros de propaganda). Llegó a acostumbrarse a privarse de comer dignamente con pan y servilletas, de lo que se sentía especialmente orgulloso, incluso se duchaba con agua fría. Era el precio que tenía que pagar si no quería vivir con una hermana de su padre, con todo lujo de comodidades que él consideraba innecesarios. A cambio se permitía llegar a casa cuando le apeteciera, tirar todo lo que le diera la gana al suelo sin tener que recogerlo en un par de semanas (so pena de sufrir un accidente doméstico), fumar en los lugares más insospechados, poner los pies sobre la mesa y tener las revistas porno al alcance de la vista sin necesidad de esconderlas encima del armario o debajo de la cama. Se empeñaba cuidadosamente en no alterar estos pequeños hábitos pues, a pesar de todo, le gustaba seguir un orden previamente establecido.

Otra de las cosas que le reportaba una cierta sensación de placer era deambular por las calles después de agotar toda posibilidad de seguir estudiando, sobre todo si era de noche y no había ni un alma a la vista. Las bombillas anémicas de su barrio daban un aire misterioso, casi onírico, a la noche. Ocupar su mente en estos pensamientos le produjo un estado de ridícula turbación, aunque le tranquilizaba pensar que no había nadie a su alrededor que pudiera darse cuenta de ello. Aunque

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

SELECCIONADA
"Lógica invariable"
Ana Luisa Tebar Munera

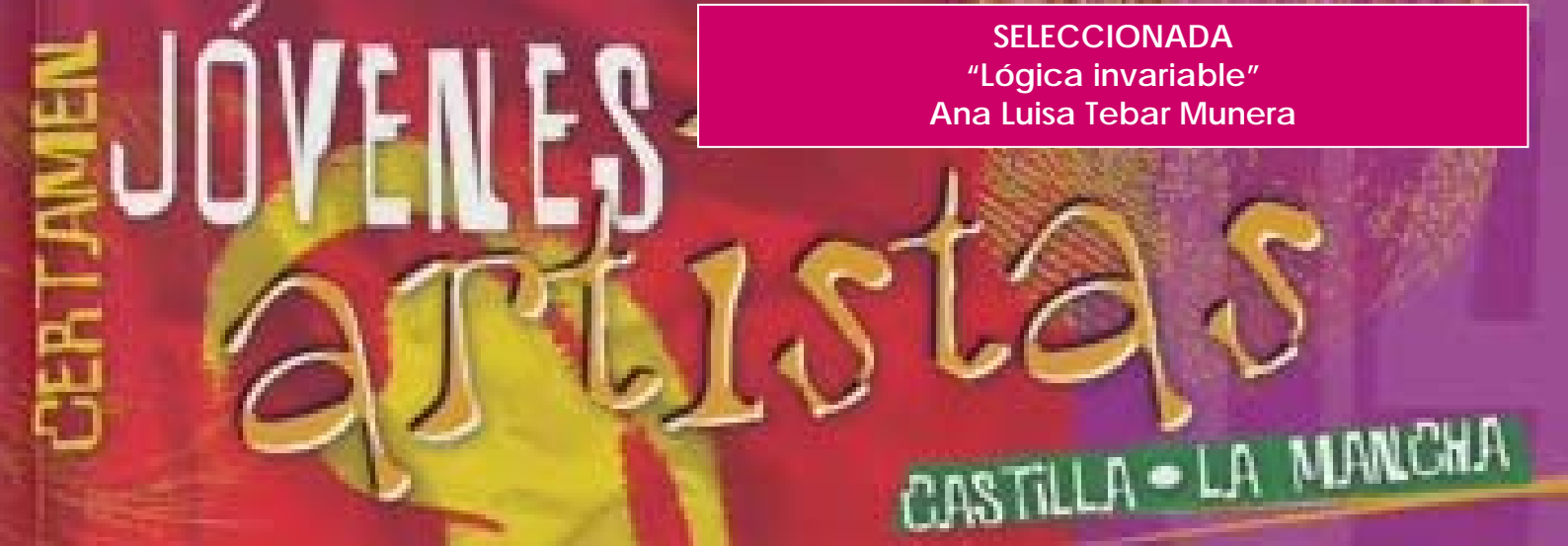
no era tímido, prefería evitar encontrarse a alguien por la calle lo suficientemente conocido como para entablar una conversación de más de tres palabras. Un escueto "hola" acompañado en ocasiones de un movimiento de cabeza eran suficientes si no había remedio para cambiarse de acera o hacerse el despistado. En la mayoría de las ocasiones se producían encuentros que podrían calificarse de absurdos. Él era partidario de la máxima "sea usted relevante en la conversación y no hable más de lo necesario", principio que, para desgracia suya, no tenía nadie en cuenta, y al final acababa contando a algún compañero de clase (que raras veces le saludaba) el fastidio que supone el estudio, lo difíciles que son las matemáticas y lo cabrón que es Rodríguez, el profesor. Para no alargar más la situación siempre daba la razón al otro. Le fastidiaba que la gente fuera tan estúpida, ¿es que no se daban cuenta de que no le interesaba lo más mínimo lo que le pudieran contar? Para él la mayoría de los que asistían al aula no merecían la pena ser conocidos. Pensaba que era una manera de desperdiciar el dinero propiciar becas a estudiantes tan ineptos.

De vez en cuando se pasaba por el *Golden* para tomar una cerveza bien fría acompañada de unos cacahuets mientras escuchaba música más o menos aceptable, fumarse una docena de cigarrillos y, de paso, comprobar qué ropa llevaba puesta ese día Montse, la camarera, la cual solía ser más bien escueta, pero bien conjuntada. Montse estaba siempre sonriente, y pidiera lo que le pidiera, siempre le ponía sobre la barra un chupito de whisky con licor de mora como recompensa por ser cliente habitual. Al principio le dio vergüenza admitir que detestaba el whisky, pero gracias a ella llegó a convertirse en uno de sus manjares favoritos. Aprovechó estos atisbos de confianza para depositar en ella cierto grado de amistad (aunque ella no lo sabía, era una de las pocas personas afortunadas en tener algún tipo de relación con él). No dudó en confiarle sus más que monótonos estados emocionales, ante lo cual Montse escuchaba sin dejar de guardar un solo ápice de educación, con su típica sonrisa de confidente camarera. Su profesión le permitía escuchar a una gran cantidad de clientes alcoholizados que apoyan sobre la barra el peso de sus penas. Se había acostumbrado bastante bien a este cometido. ¿Qué tal Fede? ¿va ese chupito?-. Montse era una de las pocas

personas que a Fede le caían bien, era bastante agradable y le encantaba la manera en que se ceñía la camisa con un pequeño nudo en la cintura, insinuando con descaro el delicado sujetador. - Tenías que haber sido tú, Montse, y no la niñata de Alicia. Menuda imbécil-. Sin darse cuenta Alicia se había convertido de nuevo en tema de conversación . - ¿Otra vez Alicia? ¿No sabes hablar de otra cosa? Además, ni siquiera te gustaba, lo que pasa es que tienes mucho morro -le recriminó cuando secaba unas copas con un paño - Le hiciste creer que la culpable era ella, bastante ha hecho ya con aguantarte estos años. Además, a ti te imagino con otra clase de chicas... Las palabras de Montse le turbaron como para ponerle algo nervioso. (¿Qué había querido decir con eso?) - La verdad es que me da igual, contestó arrogante, y haciéndose el interesante incorporó sus brazos encima de la barra. Además, ¿sabes lo que me ha pasado hoy? He atropellado a alguien. Una chica. Creo que es pintora, y bastante guapa. No ha sido nada, iba muy despacio y creo que el coche chocó con una de las cajas que se le cayeron a la tía al suelo antes de que yo torciera una esquina, porque se ha levantado como si nada. - ¿Has podido saber quien era? No, contestó. Se fue sin más.

3

Si la memoria no le fallaba se encontraba delante de su viejo portalón de hierro. Quizá bebió demasiado o se había dado un golpe de esos tontos que hacen perder el conocimiento, o Montse le había echado algún extraño licor psicotrópico en su copa. Lo cierto es que se encontraba desorientado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo mental para identificar la puerta de su casa, y el esfuerzo fue aún mayor para poder abrir la pesada puerta con ciertos equilibrios malabares. Cuando por fin consiguió dominar con éxito la cerradura, la corriente de aire que le envolvió al entrar al portal de techos altos y ennegrecidos le resultó familiar. No había duda, se encontraba -borracho- en el portal de su casa. No sin antes subir aparatosamente por las escaleras con un estrépito considerable, consiguió llegar a su dormitorio, lleno de apuntes desordenados y esparcidos por el suelo, tal y como la había dejado cuando se marchó. Eran las tres y media de la madrugada y a Fede le pareció buena idea echarle un vistazo a los apuntes de matemáticas.



Lo consideró como un último esfuerzo antes del examen (que iba a tener lugar exactamente dentro de seis horas, cosa que, por supuesto, no le inquietaba). Además, le resultó graciosa la idea de estudiar en un estado de embriaguez, así miro la lógica desde otro punto de vista-pensó.

Sus esfuerzos continuos por sujetar los folios con la mano más de diez segundos resultaban inútiles. Una risilla floja y nerviosa se apoderaba de él e inmovilizaba todas sus extremidades. Consideró más oportuno echarse un rato en la cama que seguir intentando centrarse en la lógica formal. Abrió la ventana - con cierta dificultad- para que el aire pudiera oxigenar sus neuronas y recuperar el estado sobrio que le permitiría llegar al examen con un poco de suerte. La perspectiva que le ofrecía el estar tumbado sobre la cama situada justo en frente de la ventana la consideraba privilegiada. Ni un solo edificio entorpecía las vistas que se podían ver desde su habitación. El cielo se encontraba insospechadamente limpio, y sólo el intenso brillo que emitía la luna impedía observar las estrellas. En ese momento tuvo la sensación de no haber visto nunca las estrellas en un cielo que solía estar contaminado o cubierto por una masa de nubes los trescientos sesenta y cinco días al año. Aspiró fuertemente el aire que invadía su cuarto y atribuyó su repentino estado de ridícula emoción al pedo que se había pillado en el *Golden*.

Aún no había logrado conciliar el sueño cuando se levantó sobresaltado por algún motivo que él mismo desconocía. Fue entonces cuando se cercioró de que la ventana seguía abierta y sus músculos tiritaban a un ritmo que no podía controlar. Después de maldecir en repetidas ocasiones y sin cumplir ninguna de las reglas de la educación y el buen gusto, se apresuró a cerrar la ventana y oyó en ese momento con absoluta nitidez el ruido que le había despertado antes y que le resultaba totalmente extraño. Se asomó a la ventana con medio cuerpo fuera de ella y dirigió la vista al patio de luces que se encontraba a unos treinta metros por debajo de su cabeza, sin encontrar nada fuera de lo normal. Dirigió acto seguido la mirada a los últimos pisos, y una serie de sonidos extraños y desarticulados que sí pudo distinguir parecían provenir de la única habitación iluminada de

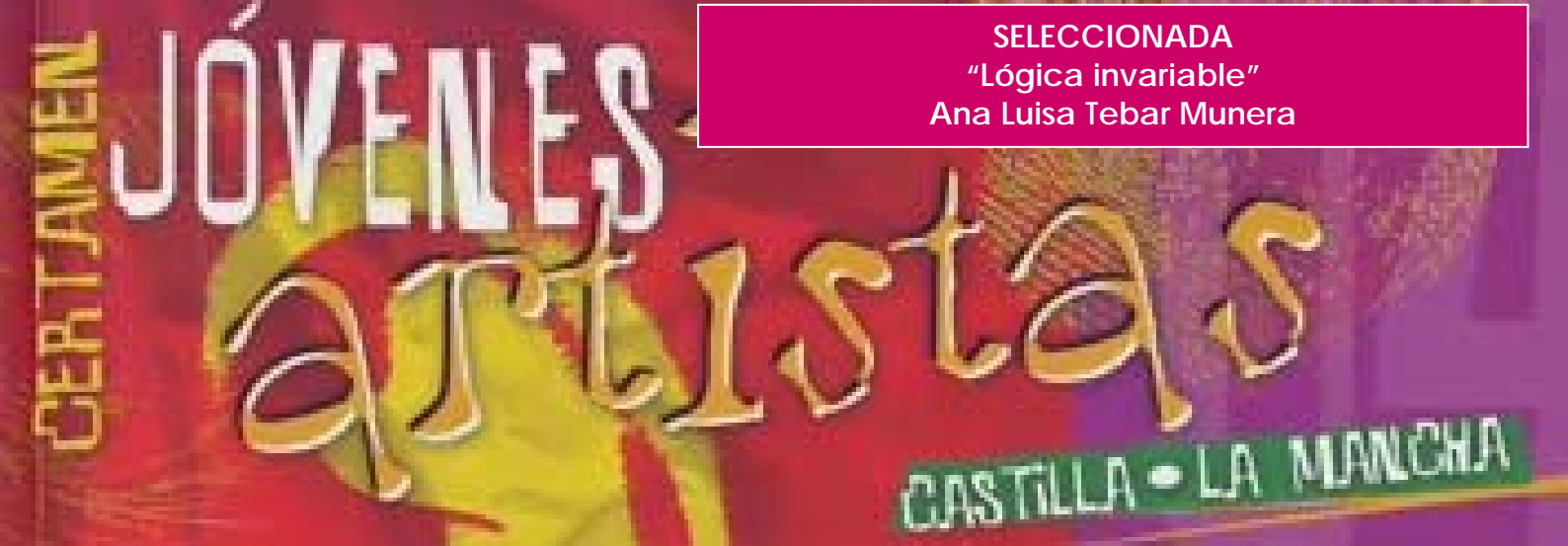
todo el edificio. Le pareció extraño haber sido el único del vecindario que se había dado cuenta de aquel incidente, pues no parecía que ningún vecino saliera a la ventana para comprobar escandalizado de dónde venía todo ese alboroto. Se acordó entonces de las continuas quejas de sus desagradables vecinas por mucho menos que eso, cuando ponía la música en el equipo. Aquello le desconcertó lo suficiente como para no volver a la cama e intentar dormir algo antes del examen.

Cogió una vieja sudadera de los *Maiden*, se puso unos pantalones de felpa casi deshechos por la zona de la rodillas y se encaminó hacia la fría escalera con la intención de buscar no sabía qué. No consideró necesario encender la luz, pues por las ventanas de la escalera entraba una claridad que iluminaba tímidamente los escalones. Además, el automático de la luz comunitario resultaba ser demasiado escandaloso y no quería correr el riesgo de ser descubierto por las cotillas habituales que no dudarían en averiguar quién o quiénes suben a esas horas de la mañana y con qué motivo. A medida que avanzaba con una pasmosa lentitud, la intriga logró apoderarse de su estómago hasta que se convirtió en un entusiasmo infantil que le llegaba a resultar divertido. Los extraños sonidos se podían oír cada vez más con mejor precisión. Si no se había equivocado al contar, se dirigía al séptimo piso, seguramente la puerta B. Empezó a preguntarse quién vivía allí. Esa vivienda había permanecido vacía unos cuantos años, y hasta la fecha no se había percatado de que había sido ocupada de nuevo. Raras veces vivía allí alguien, y cuando ocurría solía ser gente dedicada a la prostitución y al contrabando de drogas, según había oído, cosa que no le desagradaba sobremanera. Pensar en ello hacía aumentar su interés. Cuando llegó por fin al rellano encontró la enorme puerta desvencijada abierta. Dudó unos instantes antes de decidirse a entrar a la vivienda. Delante de sus narices se extendía un largo pasillo con varias puertas a ambos lados entreabiertas. Los baldosines mal colocados del suelo crujían a cada paso que daba, y el papel pintado parecía no aguantar más en la agrietada pared amarillenta. Todo parecía estar muy descuidado y maltratado por el tiempo, lo que daba un aire fantasmagórico al escenario. Con absoluta cautela avanzaba por el pasillo. Un ligero vistazo a las habitaciones laterales le hacía presuponer

que se encontraban vacías. El ruido provenía del fondo del pasillo, de donde también provenía una luz anaranjada difusa. Fede entonces pudo oír con claridad unas extrañas melodías descompasadas acompañadas de un incesante susurro sutil, como de ser incorpóreo y delicado. Las pupilas de Fede parecían salirse de los iris azules, y la expresión incrédula y ansiosa de su rostro anunciaban que al final del pasillo Fede probablemente saldría corriendo o caería desmayado. Intentando controlar sus impulsos nerviosos, continuó avanzando lentamente por los baldosines hasta alcanzar, por fin, la esquina del pasillo. Desconfiaba de su instinto ingenuo, torpe, no quería girar su cabeza hacia la izquierda, pero como si de una fuerza oculta se tratara, Fede avanzó, apretando fuertemente los dedos, y descubrió que una intensa luz entre roja y naranja inundaba una habitación. Los sonidos se apropiaron de su anatomía y la intensa luz apenas le dejaba ver una silueta, o al menos eso parecía, de mujer. La figura no paraba de moverse y contonearse al ritmo frenético de una música cautivante y envolvente. A medida que sus ojos se habituaban a la luz cegadora, veía con mayor nitidez la atmósfera de un ritual embriagador y voraz, de geometría indefinida e imperceptible. Tenía la sensación de salirse de su cuerpo y entrar en otra corporeidad, en un proceso casi místico. La silueta avanzaba, se estiraba, hacia Fede, impregnando sus ropas con espesos fluidos de olor desagradable y penetrante, casi hiriente, resbalando por los adoquines, las ropas, las cabezas, las paredes, las manos, sus dedos, su cuello, su vientre...

4

¡Riiiiing! El sonido siempre punzante y metálico del despertador sobresaltó a Fede, devolviéndolo a otra dimensión, real, la de su desordenado dormitorio. Tardó unos segundos, eternos en el tiempo, en reordenar el espacio físico de su hábitat, las dimensiones de las paredes y los ángulos de los techos. Miró el reloj. Las nueve y veinte. ¡Mierda! Blasfemar y dar un salto acrobático fue todo la misma cosa. En una búsqueda casi desesperada de sus pantalones y su cinturón, Fede trataba de no perder los nervios por completo. De repente, un golpe seco y agudo en la sien le sacudió los sentidos, y un sabor amargo y pastoso le instigó a beber agua compulsivamente. No era la primera



vez que sufría las consecuencias de una resaca, pero las de ésta eran casi insufribles. Tenía además la sensación de haberse producido un golpe en la cabeza con algún objeto contundente y de grandes dimensiones, pero desposeía a diez minutos del examen de matemáticas la capacidad de recordar cualquier evento anterior. Su cuerpo era pesado y torpe, y una sensación de inquietud se apoderó de él, como quien despierta de un mal sueño pero no es capaz de acordarse.

No le pareció oportuno coger el coche para ir a la facultad, el tráfico sería nuevamente denso, como cada mañana. Se lanzó así a una carrera contrarreloj, sorteando hábilmente los numerosos transeúntes, coches, papeleras, perros, obreros trabajando y obstáculos urbanos variados. Casi inconsciente, se cruzaban ante sus ojos cientos de caras ensimismadas, sumergidas en sus quehaceres cotidianos, en sus problemas y placeres. Todas menos una. A pesar de las prisas, el reloj, el examen y la resaca, una cara, desconocida entre una multitud, le salió al encuentro. Sus ojos se clavaron en una mirada intensa, fija. Ralentizó el ritmo de sus pasos y el pulso dejó de acelerar. No sabía por qué, pero la conocía. La había visto en algún lugar. Quiso acercarse a ella, aproximarse a esa mirada penetrante, pero en un rápido pestañear desapareció de su vista y la multitud devoradora se volvió a apoderar de él. Fue inútil buscarla entre un marasmo de prisas y coches. Se fue con el murmullo de la ciudad cosmopolita.

Salió del examen malhumorado. La lógica matemática era una materia que dominaba a la perfección, ninguno de sus problemas se le resistían. Necesitaba dominar la lógica. Pero ese día la lógica le dominó a él. No sabía muy bien (exceptuando la resaca y la falta de sueño) por qué había hecho un examen tan desastroso. En otras ocasiones había realizado exámenes en peores condiciones sin ningún tipo de dificultad y con la habilidad que siempre le había caracterizado. No lo podía creer. Cuál fue su indignación cuando descubrió que de su *Marlboro light* no asomaba ningún cigarro. Era ya el colmo. ¡Maldita sea! Y el dolor punzante de la sien volvió a aparecer, martilleante. Fede se echó las manos a la nuca con el vago convencimiento de que el dolor remitiría y volvería a su estado normal. No funcionó. Probó a cerrar los

ojos durante unos instantes, pero al abrirlos el dolor parecía haber aumentado. Respiró profundamente, tratando de absorber todo el aire que sus pulmones eran capaces de admitir. Entonces, en un golpe de memoria, se acordó de su madre y de la insistente tos asmática y quejosa que la perseguía sobre todo en las largas y pegajosas noches de verano, con cigarro en mano y el mando a distancia en la otra. Tendré que dejar de fumar, se dijo.

Volvió a casa con un claro propósito: ingerir unos cuantos analgésicos que paliaran su terrible dolor de cabeza. Retiró con gran habilidad y con una mano toda clase de objetos que cubrían el sofá y se tumbó boca arriba. Esta vez el sueño y el cansancio pudieron más que el dolor de cabeza y el malhumor y Fede no se resistió. Se dejó vencer por un sueño largo y confuso, que más tarde olvidó. En él se repetía una y otra vez un sonido grave y solemne, como de tambores que preludian los rituales de un gran templo de alguna civilización perdida. Y esa mirada otra vez, intensa y fija. Él se hallaba en medio de un inmenso cementerio de automóviles y electrodomésticos descuartizados y amontonados en grandes torres irregulares, y la mirada punzante vigilaba a Fede. Pudo oír con claridad las palpitaciones aceleradas de su pulso nervioso. Empezó a correr en cualquier dirección hasta que la figura de Alicia se le presentó sin avisar. Ésta le alargaba la mano para que él la pudiera agarrar. Como si hubiera visto un horrible monstruo, echó a correr en dirección opuesta, cada vez más rápido. Las torres de hierro oxidado se transformaron repentinamente en torres de cajas de cartón, y cubos de pintura parecían brotar del suelo obligándole a saltarlos. Sus piernas se enredaban en un entrecruzar de pies desordenados, desplazados a impulsos nerviosos, y la imagen de Montse apareció en un súbito pestañear delante de sus ojos. Fede, empapado ya en sudor, se despertó con un amargo sabor en la boca.

5

Las luces de la sala se apagaron y la gente empezó a tomar ruidosamente sus asientos. Era sesión de madrugada y las parejas se acomodaron en las últimas filas, dejando despejado el patio de butacas. En la cartelera anunciaban una de esas películas japonesas

CERTAMEN

JÓVENES

Artistas

CASTILLA • LA MANCHA

SELECCIONADA
"Lógica invariable"
Ana Luisa Tebar Munera

en versión original y subtitulada en castellano que no despertaba en Fede el más mínimo interés. Sólo buscaba refugio en una sala casi vacía donde estaba seguro de que no iba a encontrar a nadie conocido. Hundió su cuerpo en el asiento y acomodó sus largas y aparatosas piernas en el respaldo del asiento de delante, manteniendo una postura propicia para echar una cabezada. Cuando apenas había empezado la película, un punto de luz intenso pero diminuto apuntó directamente a los ojos de Fede contra el que difícilmente pudo protegerse con sus manos. Ha sido un ataque directo contra mí, pensó. Cuando sus ojos se habituaron a la intensidad del resplandor y logró comprender que provenía de una escasa linterna, pudo fijarse en un rostro tímidamente iluminado, un rostro que le resultaba familiar. Quiso fijarse en sus ojos, introducirse en su mirada, esa mirada intensa que ya se sabía de memoria. Eres tú, le dijo exaltado, dime quién eres, pero un súbito "¿podría usted enseñarme su entrada, por favor?" transformó de repente la imagen mal iluminada y una chica de uniforme y con mucha paciencia le instaba por segunda vez su petición. Fede tardó unos segundos en reaccionar hasta que sacó del bolsillo trasero de su pantalón un arrugado trozo de papel donde se indicaba el número de fila y de butaca. La chica, tras comprobar que los datos eran correctos, se marchó con un escueto "gracias". Eso era demasiado para Fede, me estoy empezando a obsesionar, se dijo. Era ella, estoy seguro. Se levantó sin pensárselo mucho y salió decidido a detener a aquella chica para pedirle explicaciones.

Después de acostumbrarse a la luz cegadora de los focos del pasillo de los multicines, miró en ambas direcciones hasta que la localizó fumándose un cigarro apoyada en una de las puertas de emergencia. Respiró profundamente y se dirigió hacia ella sin vacilación. ¿Cómo lo haces? ¿Eres una bruja o algo así?. La chica, después de retirar del cigarro un denso hilo de ceniza, le miró con un "¿Perdón?". No te hagas la despistada, tú vives en mi edificio, en el séptimo, y no se lo que te traes allí y la verdad es que me da igual. ¿Por qué no te vas a molestar a otra parte?, le contestó bruscamente, sosteniéndole la mirada. Entonces se fijó en sus iris marrones y en sus labios carnosos, y se sintió irremediabilmente atraído por el arrojo de la chica de uniforme. Ella se dio media vuelta y tras aplastar el cigarro contra uno de los

contenedores metálicos se dirigió hacia otra de las salas del pasillo. Fede se sintió engañado y ridículo, apenas podía disimular su triste expresión de niño arrebatado de su piruleta.

Cuando salió del centro comercial se encontró con una noche cerrada y mal iluminada por las farolas del aparcamiento. No muy lejos se podía ver un terraplén, y un poco más hacia la autovía una pequeña colina, de la que se contaban historias del hombre del saco y de mendigos que iluminaban la noche encendiendo hogueras cerca de la chopera, al lado del taller de desguaces. Pensó en la imagen turbadora de la colina iluminada por pequeños puntos de luz, de diversa intensidad. Habían sido muchas las historias y mitos que Fede había oído sobre la colina y el taller de desguaces, pero desde la construcción del centro comercial con sala multicines, gasolinera y Burguer King, todo ese halo de misticismo barato que suponen las leyendas urbanas se había desvanecido casi por completo. Al aparcamiento le seguía una larga avenida flanqueada por altas farolas y edificios con fachada de granito que tanto aburrían a Fede. Se le hacía interminable, sobre todo cuando se encontraba tan vacía y silenciosa como esa noche, perturbada sólo por unos cuantos coléricos y alcoholizados adolescentes en sus coches.

Caminaba cabizbajo, con las solapas de la chupa levantadas, una mano en el bolsillo semidescosido de la cazadora de cuero y la otra sujetando un cigarrillo, que sostenía por puro hábito y aburrimiento, pues ni siquiera estaba seguro de que le apeteciera fumar. Era ella, estoy seguro... seguía enredado en el mismo pensamiento una y otra vez. Esos ojos... ¿Qué es lo que en realidad vio Fede la noche anterior? Volvió a llevarse el cigarrillo a la boca, ya colilla esta vez. Pensó entonces en las cosas que le habían sucedido en los últimos dos días. La vida monótona de Fede se había visto sorprendida de improviso por unos extraños sucesos que empezaban a impacientarle. Sí, se estaba obsesionando. La ruptura con Alicia, la chica pintora, el suspenso (estaba seguro) de lógica, la insinuación (o eso pensaba) de Montse, los sueños extraños y, sobre todo, aquella luz... aquellos ojos...esos sonidos...No, seguramente lo he soñado -concluyó. Aunque parecía tan real... Su expresión cambió cuando un nuevo pensamiento ocupó

su mente. Aún no había reparado en ello. Su vida parecía ahora regida por los designios de cuatro mujeres (cinco, si contaba a la chica desagradable de la sala de cine). Eso le gustó, incluso parecía producirle un inmenso placer sólo con pensarlo, y un débil movimiento de labios que no llegaba a convertirse ni siquiera en sonrisa, lo confirmaba. Todas reales, menos una, al menos en principio.

Empezó a pensar más detenidamente en esa idea. Una chica del pasado (Alicia), otra del presente (Montse), otra misteriosa (la del atropello) y otra irreal. O no. Parecía orgulloso de haber llegado a esa conclusión. Fede necesitaba poner en orden todo lo que le sucedía en su vida, estructurar las situaciones en secuencias lógicas que dieran una explicación sensata y coherente con valor de verdad. Lo único que no encajaba en su sistema lógico - formal era que algo perteneciera al plano de lo irreal. ¿Quién era aquella chica y qué hacía? Se lamentó por haber estado tan borracho aquella noche y por no acordarse de nada. Sólo pesaba sobre él una sensación de profundo desasosiego que le envolvía y le cautivaba al mismo tiempo. Y unos ojos.

Sin darse cuenta había llegado al portal de su casa. Se sorprendió de lo ensimismado que había ido todo el trayecto desde el centro comercial hasta su casa, y más cuando tenía que cruzar toda la ruidosa zona de bares de la ciudad que a esas horas debía estar repleta de gente. Lo había borrado de su memoria. Sin darle demasiada importancia abrió el viejo portalón. Alguien estaba allí. Casi en la penumbra apenas podía ver si se trataba, al menos, de una mujer. Acercó su mano al ruidoso interruptor de la luz automática del portal y pudo notar la mano de ese alguien a la altura de la suya, cerca ya de la pared. Aún no sabe por qué, pero tardó unos instantes en apretar el pequeño botón negro redondeado que le permitiría ver por fin de quién se trataba. Pero algo le decía, quizá un cosquilleo en el estómago, que si encendía la luz se llevaría una sorpresa. Tampoco recuerda quién de los dos la encendió. Era una chica, con el pelo largo y liso cubriéndole la mitad de la cara. Un escueto y seco "hola" fue lo único que Fede pudo oír de la chica. Primero indiferencia, luego estupor. - "Tú...¿tú no eres la del atropello? - ¿Perdona? ¡Ah si, el atropello! No, en realidad no me atropellaste, se me cayeron al suelo un montón de cajas. -Ya, contestó Fede. Yo te ayudé

a recogerlas. La chica se dirigió a la puerta y antes de que Fede pudiera decir nada (pensó que podría utilizar alguna de sus habilidades para ligar) ya se encontraba en la calle. Fede logró reaccionar y salió igualmente a la acera. -Y ... ¿qué hacías en este portal?, articulando al fin palabra. Ella, sin ni siquiera darse la vuelta: -vivo aquí, séptimo B.

Tardó un rato, un tiempo impreciso, en asimilar la información que la chica acababa de brindarle. Séptimo B... Yo estuve en tu casa... - pensó, pero ya no logró transformar el pensamiento en una frase audible. Se lo guardó para él. Séptimo B... pintora... yo estaba borracho... esa música... y el olor (probablemente a pintura). Pero yo no... aunque tal vez... no tenía que haber... ahora ya se... y esos ojos (cogiendo, probablemente en estado de inconsciencia, el ascensor): tengo que ir... le quiero preguntar... bebí demasiado... Montse llevaba la blusa blanca... pintura por el suelo (abriendo la puerta de su casa): tenía que haber... aunque si yo... no tenía por qué... seguro que hubiera dado igual.

Se puso nervioso revolviendo el fondo de su armario buscando no sabía qué, pero supo enseguida lo que era cuando la tenía en su mano. Su sudadera de los *Maiden*. En efecto, tenía manchas de pintura. Roja y naranja. No lograba entender cómo no se había dado cuenta antes. De pie en su habitación, con la ventana abierta, con los apuntes inundando la mesa y parte del suelo, restos de la cena en una bandeja, comprendió que nada había cambiado. Que todo seguía igual, como era *lógico* pensar.

El timbre agudo e insistente del teléfono no logró perturbar el estado de ensimismamiento de Fede. Con una pasividad inusual descolgó el teléfono.

- ¿Diga?

- Soy Alicia, he pensado que...

- Voy a recogerte en diez minutos.